



Número 61 - Primer Semestre 2023

LAS CAMPAÑAS DE LORD COCHRANE EN EL SUR DE CHILE Y EN PERÚ

CARRERA Y LOS CORSARIOS DEL RÍO DE LA PLATA

EL DESTINO DE LOS NAVÍOS CLIFTON Y SAVAGE

LA BATALLA DE SAN CARLOS

Nueva Sección:

EPISTOLARIO CARRERINO

LA BÚSQUEDA DE UNA NUEVA CONSTITUCIÓN Y EL EJEMPLO DE CARRERA

ACTIVIDADES RECIENTES DEL INSTITUTO

Gaceta digital LA NUEVA AURORA DE CHILE - INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA

Representante legal: José Miguel Alcalde Undurraga / Director: Alberto de la Carrera Díaz / Director Editorial: Cristian Salazar N.

Av. Francisco Bilbao 4509, La Reina, Santiago de Chile / josemiguelcarrera.cl / contacto@josemiguelcarrera.cl



[institutojmcarrera](#)



[jcarreraverdugo](#)



[institutocarrera](#)



[José Miguel Carrera](#)

Las opiniones vertidas en estos artículos son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el parecer del Instituto de Investigaciones Históricas General José Miguel Carrera

EDITORIAL

CHILE Y LA BUSQUEDA DE UNA NUEVA CONSTITUCIÓN: EL EJEMPLO DEL GENERAL CARRERA

Alberto de la Carrera

Director del Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera

Ante los graves hechos de violencia ocurridos en Chile desde octubre de 2019, que amenazaban incluso la subsistencia de nuestra democracia y del orden constituido, la mayoría de los partidos políticos estimaron que la dictación de una nueva Constitución Política contribuiría a la paz social, suscribiendo para ello el Acuerdo por la Paz Social y Nueva Constitución.

Y así, a casi cuatro años de aquella decisión, el país sigue en el proceso de redactar y aprobar un nuevo texto constitucional. En este contexto, es oportuno recordar que Chile, desde el comienzo de su vida independiente, tuvo una Ley Fundamental que cumplió plenamente con esta condición, iniciativa liderada por el fundador de nuestra República José Miguel Carrera.

Arribado al país después de una destacada participación en la guerra de la independencia de la España invadida por el Emperador Francés Napoleón Bonaparte, de la cual se retira con honores, Carrera intuyó de inmediato que estaban dadas las condiciones para la liberación del país del colonialismo español. Ante la negativa de los monárquicos y la indecisión de los moderados, logró imponer sus ideas libertarias y comenzó a generar las instituciones propias de un país autónomo, para lo cual, pese a tener todo el poder político y militar concentrado en su persona, supo abstraerse de las tentaciones del poder absoluto y dictó la primera Constitución de Chile, el 27 de octubre de 1812.

Y lo hizo con inteligencia, pensando a su corta edad como un estadista avezado y con experiencia en el uso del poder. Comprendió desde un comienzo que, para consolidar el proceso independentista, debía legitimar el ejercicio del poder, para lo cual la Constitución debía ser representativa de la soberanía popular.

Por ello, a diferencia de las leyes de los monarcas absolutos, la sometió al veredicto popular y los vecinos de Santiago concurren al Consulado donde, como lo expresa en su Diario Militar, “para ver si la voluntad era por ella”, luego señala Carrera, “el modo en que fue sancionada la constitución por las provincias, fue igual al de la Capital”. Así, Concepción, Valparaíso Coquimbo y otras tantas, a la sazón las principales ciudades del país, concurren a las urnas prestando su total aprobación.

José Miguel relata en su Diario que “después de algunas noches en que nos reunimos en casa de Poinsett” quedó aceptado el texto constitucional, pero era necesario que contara con la aprobación del veredicto popular, por lo cual decidieron el procedimiento plebiscitario que hemos relatado, después del cual fue promulgada y entró en vigencia.

La influencia de Poinsett consistió mayormente en incentivar la pronta dictación de un texto constitucional, para consolidar el proceso de Emancipación de España y poner freno a los apetitos que se producían en la Corona Británica por los países del Continente, ahora huérfanos del control peninsular, en un momento que la independencia de Estados Unidos estaba consolidada. Aun cuando recoge muchos principios y elementos de la Constitución Norteamericana, la Constitución de 1812 no se inclina por la creación de un Estado Federal, y claramente se destaca más por la influencia de los grandes pensadores franceses, creando un estado republicano, unitario y con clara separación de poderes.

Aunque cueste a los detractores de Carrera reconocerlo, dicha Constitución contenía la primera declaración de Independencia de Chile, señalando en forma categórica en su artículo 5° que “ningún decreto, providen-

cia u orden **que emane de cualquier autoridad o de tribunales de fuera del territorio de Chile tendrá efecto alguno** y los que intentaren darle valor serán castigados como reos del Estado”.

La Constitución de 1812 es, sin lugar a dudas, la obra política más importante de su gobierno, por cuanto le daba a Chile su propio **“Imperium”** como país naciente, esto es, el derecho de ser gobernado por las autoridades que libremente eligiera el pueblo; rechazando toda injerencia de persona, autoridad o magistratura extranjera.

Si bien aún reconocía al Rey Fernando VII, secuestrado por Napoleón en Francia, no fue más que una declaración estratégica, carente de valor e intención real, por cuanto en el mismo párrafo establecía que éste (el Rey) “debía respetar **nuestra constitución** en el modo mismo que la de la Península” (la Constitución de Cádiz de 1812 dictada por los españoles, en ausencia del rey cautivo). Como el sistema monárquico absoluto desaparecía con ambas constituciones, ahora era el Rey el que debía someterse a las leyes ciudadanas, no éstos a él como había sido por siglos.

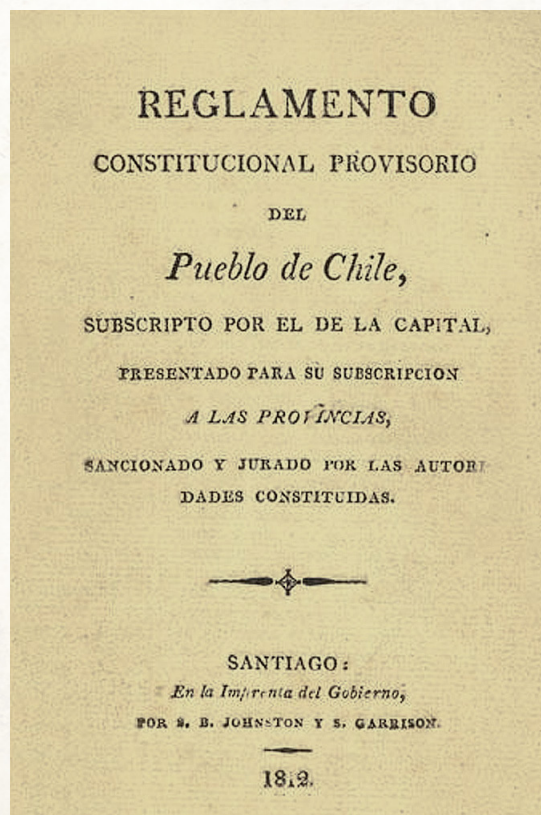
Lo relevante de establecer un sistema democrático por el texto constitucional queda de manifiesto en su artículo 6º, cuando señala “si los gobernantes diesen un paso contra la voluntad general declarada en la constitución, volverá al instante el poder a las manos del pueblo, que condenará tal acto como un crimen de lesa Patria, y dichos Gobernantes serán responsables de todo acto, que directa o indirectamente exponga al pueblo”. Esta es la consagración más clara del principio de la soberanía popular, concepto que estaba profundamente arraigado en las leyes francesas y norteamericanas.

En su artículo 7º se creaba el Primer Senado de la Repúbli-

ca, con renovación cada tres años y, lo más relevante, establecía que “sin su dictamen (aprobación) no podrá el Gobierno resolver en los grandes negocios que interesen la seguridad de la Patria”.

“Por negocios graves se entiende -dice la Constitución- imponer contribuciones (impuestos en general), declarar la guerra; hacer la paz; acuñar moneda; establecer alianzas y tratados de comercio; nombrar Enviados (entendemos que se refería a los embajadores o plenipotenciarios); trasladar tropas; levantarlas de nuevo; decidir las desavenencias de las Provincias entre sí, o con las que están fuera del territorio; proveer los empleos de los Gobernadores y Jefes de todas clases; dar patentes de corso, emprender obras; crear nuevas autoridades; entablar relaciones exteriores y alterar este Reglamento; y las facultades que no le están expresamente declaradas en esta Constitución quedan reservadas al Pueblo Soberano”. Esta última es una ratificación expresa en la Constitución del principio de la soberanía popular.

Se creaba el principio de la acción popular, al señalar “que cualquiera del pueblo podía acusar a los senadores por traición, cohecho y otros altos crímenes”.



El poder ejecutivo quedaba integrado por tres miembros, que sólo podían durar tres años en sus cargos.

Puede alguien todavía sostener, como lo hicieron sus contradictores de la época o algunos historiadores clásicos posteriores, que Carrera fue un autócrata. Con qué injusticia lo califican de esa forma, cuando además de las grandes obras civiles en beneficio de Chile, que hemos narrado en otros artículos, creó un poderoso instrumento jurídico que regula el ejercicio del poder y además le pone fecha de término a su propio mandato. Lo que les molestó a muchos fue que creyeron que este joven líder po-

dría ser útil a sus intereses particulares, y no sospechaban que tenía el carácter y la voluntad decidida para transformar un movimiento tímido e interesado en un proceso decisivo y seguro de liberar a Chile de la dominación española.

Resumiendo, esta Constitución garantizaba a los chilenos, entre otros derechos, el recurso de amparo o habeas corpus, el principio del debido proceso, la libertad de imprenta y de opinión, la libertad Individual e Igualdad de derechos ante la ley y la seguridad individual, el derecho de asilo y la obligación del Gobierno de rendir cuenta de las entradas y gastos públicos.

Todos estos principios, derechos y obligaciones elevados al rango constitucional, hace 211 años, se encuentran vigentes en la constitución que nos rige en la actualidad. Se habrán actualizado, recogido situaciones,

avances, requerimientos y obligaciones nuevas para el Estado y los particulares, pero para mantener las bases de un régimen democrático y republicano, estos son la columna vertebral de cualquier reforma constitucional. La mejor garantía de los derechos y libertades está en consagrar las bases fundamentales de una República, como son la separación de los poderes del estado, el estatuto de garantías y derechos individuales y colectivos y el ejercicio de la soberanía popular.

Terminamos reproduciendo aquella hermosa y contundente idea expresada en la Aurora de Chile, el primer diario chileno fundado por José Miguel Carrera, en días posteriores a la dictación de la Constitución de 1812: **“la verdadera riqueza de un Estado, su verdadera fuerza, consiste en la sabiduría de su Constitución, en la equidad y prudencia de su Gobierno, y en el número, fidelidad y patriotismo de sus ciudadanos”**.

CAMPAÑA DE LORD THOMAS COCHRANE (primera parte)

Jorge Ubilla Zúñiga

Director del Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera

La aparición de Lord Cochrane en la historia nacional data del 28 de noviembre de 1818; su alejamiento ocurrió el 23 de enero de 1823. Sirvió a la bandera y a la causa de Chile, cuatro años y dos meses. Le bastó este tiempo para aniquilar completamente el poderío español en el Pacífico, para crear en la Marina de la República una tradición de heroísmo y gallardía que no ha sido desmentida hasta el presente.

Los anales históricos registran su actuación en la forma de una serie de victorias inauditas, de golpes tan certeros y tan genialmente ejecutados, que no sólo abatieron al enemigo, sino que lo eliminaron, lo aniquilaron en el exacto sentido de la expresión.

Son conocidas las circunstancias penosas por las cuales debió abandonar Inglaterra. Acusado sin fundamento de especulación fraudulenta, perdió su empleo de oficial de Su Majestad, cuando era un capitán de

navío. Ello fue una ofensa tan profunda para su triple orgullo de noble, de líder político y de as del mar, que solemnemente juró abandonar aquel suelo y no volver a servir a aquella bandera que él había ayudado a enaltecer con sus servicios.

En 1817 Thomas Cochrane publicó un aviso en uno de los principales periódicos de Londres, informando que estaba disponible para ir a servir a las nuevas naciones que se estaban independizando en América y en otros continentes. El embajador español en Londres, José Miguel de Carvajal, duque de San Carlos, le había ofrecido en ese año a Cochrane, en nombre de Fernando VII, el título de almirante de España con el objeto de comandar una fuerza naval capaz de hacer frente a los patriotas en América, pero Cochrane rehusó el ofrecimiento español por no estar de acuerdo con sus ideales. Su respuesta fue: “No combatiría por España ni por ninguna potencia opresora...”. El era un noble: su espada no podía servir sino a la causa que lo fuera también.

En esa misma época en Chile, el general O'Higgins, para hacer permanentes los logros contra la dominación española obtenidos por las armas, propuso al Senado la contratación de diversos especialistas con el objeto de crear un Poder Naval sólido, estable y permanente. Para este objeto se envió a Londres como representante a don José Antonio Álvarez Condarco, quien convenció a Cochrane de dirigirse a Chile junto a una serie de oficiales británicos que también fueron contratados. Lo trajo del Viejo Mundo la fragata Rosa. Venía el Lord con su familia, su secretario particular y un número de capitanes de su confianza para ser contratados por la Marina patriota en formación.

El 17 de junio de 1818 Cochrane recalaba en Valparaíso, siendo recibido por el Director Supremo Bernardo O'Higgins. Se le da el grado de vicealmirante y se le



otorga la carta de ciudadanía chilena, ya que tenía la intención de residir con su familia en nuestro país.

La escuadra de Chile, al advenimiento de Lord Cochrane, se componía de siete veleros de línea medianamente equipados:

Dos navíos:

San Martín, de 1.300 toneladas y 64 cañones.
Lautaro, de 850 toneladas y 50 cañones.

Una fragata:

O'Higgins, de 1.220 toneladas, 20 cañones.

Una corbeta:

Chacabuco, de 450 toneladas, 20 cañones.

Tres bergantines:

Galvarino, de 398 toneladas, 18 cañones.
Araucano, de 270 toneladas, 16 cañones.
Pueyrredón, de 220 toneladas, 16 cañones.

Su fuerza total era de mil doscientos veintisiete hombres y doscientos treinta y cuatro cañones. Era una flota que Cochrane no esperaba hallar en un país que, hasta un año antes, no poseía un solo barco. Esta Marina aparecía como un milagro en el desnudo puerto de Valparaíso, donde aún no existían muelles, ni molos, ni diques, ni arsenales. De estas naves dos de ellas, la Pueyrredón y la O'Higgins, habíanle sido quitadas al enemigo, la primera por un ardid, la otra al abordaje. Las cinco restantes se adquirieron por colecta pública, por recaudación forzosa, por impuestos extraordinarios, por empréstitos, por multas y por cuanto medio lícito se podía.

Las dotaciones eran las más pintorescas que jamás se hayan reunido bajo una bandera de guerra. Ni el almirante ni sus capitanes hablaban español. Los marineros chilenos eran completamente improvisados: se mareaban y andaban por las cubiertas como borrachos. Había una mezcla de ingleses, rusos, mulatos, norteamericanos y hasta hindúes y chinos.

Operaciones de Cochrane en el mar de Perú

Formando una división con las cuatro unidades mayores, Lord Cochrane se hizo a la vela con rumbo al Perú en el verano de 1819. Blanco Encalada, el contraalmirante de veintiocho años de edad, lo siguió conduciendo la flotilla de los tres bergantines.

Al llegar frente al Callao, al cabo de un mes de travesía, pudo darse cuenta de que estaba en desventaja. El Callao era el más formidable bastión español en el Pacífico. Gibraltar mismo no estaba entonces tan bien defendido. Había trescientos cincuenta cañones de costa emplazados alrededor del surgidero. Al abrigo suyo flotaban tres fragatas, cuatro bergantines, una goleta, seis mercantes armados y veintiocho lanchas cañoneras, con un total de trescientos cincuenta y siete cañones, que sumados a los de tierra, formaban un erizo de setecientos siete bocas de muerte.

A pesar de este escenario, Cochrane logró bloquear y bombardear el Callao, arrebatando varios buques a los españoles, entre ellos a la goleta Moctezuma. También ocupó por algún tiempo, tras derrotar a los destacamentos realistas de la zona, los poblados de Huacho, Huaura, Supe (cuyo cabildo declaró su independencia), Huarney y Paita. En estos puntos sus comisionados

distribuyeron propaganda patriótica y cartas a importantes personalidades criollas para que se adhirieran a la causa emancipadora, y varias personas distinguidas se sumaron a la causa patriótica.

Los propósitos de esta campaña preliminar estaban cumplidos. Lord Cochrane puso las proas al sur y arribó a Valparaíso a mediados de junio, cerrando un crucero de cinco meses justos. Volvía con su flota chamuscada pero íntegra.

Fue recibido con caluroso entusiasmo: el Instituto Nacional le dedicó una función de homenaje, y el pueblo se congregó para vitorearlo a su llegada a palacio.

Dos meses estuvo Su Señoría preparando su segunda e inmortal correría por nuestros mares. En septiembre de 1819 salió de Valparaíso nuevamente con rumbo al Callao con el objetivo de iniciar el segundo bloqueo de este puerto y lograr destruir la escuadra española. Zarpó con el navío San Martín, las fragatas O'Higgins y Lautaro, la corbeta Independencia de veintiocho cañones, recién comprada en Norteamérica, y el 14 del mismo mes lo hizo el bergantín Araucano.

En el Callao, la Fortaleza del Real Felipe estaba guarnecida por 3.000 hombres. Además, empalizadas resguardaban la escuadra realista, compuesta por las fragatas Esmeralda y Venganza, la corbeta Sebastiana y los bergantines Pezuela y Maipú, 30 lanchas cañoneras y unos tres o más buques mercantes armados. Esta escuadra española estaba al mando del brigadier real Antonio Vacaro.

Cochrane, para atacar el puerto, había diseñado un hábil plan: la utilización de cohetes "Congreve", que iban a emplearse por primera vez en las guerras navales del continente. Estos no dieron el resultado esperado, situación que Cochrane atribuyó al hecho de que el gobier-

La Toma de Valdivia, en 1820.



no de Chile los hizo construir por prisioneros monarquistas, que tuvieron la oportunidad de sabotearlos. Sin embargo, la escuadra bloqueó el puerto y, tras varios combates, apresó algunos buques.

A continuación, Cochrane levantó el bloqueo para ir en busca de una fragata de guerra avistada anteriormente en las cercanías del Callao y que provenía de Cádiz, la Prueba, que era parte de la ya anunciada división naval enviada a las costas del Pacífico para reforzar la escuadra española, pero de las cuales solo la fragata Prueba y el mercante Primorosa Mariana habían sobrevivido al viaje, como luego se enteraría Cochrane.

Decidió dividir su flota en dos partes, una bajo su mando directo que se dirigiría al norte y otra al mando de su subalterno Martín Guise que partía al sur, dirigiéndose a Pisco para conseguir provisiones, pero antes debió desembarcar la infantería de marina para desalojar la guarnición realista del lugar, consiguiéndolo y ocupando el puerto por unos días.

Cochrane en su viaje al norte lograría conseguir varias presas en el puerto de Guayaquil. Logra con la O'Higgins adelantarse por el río al cual entró audazmente de noche y sin práctico; halló en la Isleta de Puna dos espléndidos buques de guerra: eran el Vigonia, de dieciséis cañones y el Aguila, de veinte. Estaban cargados de ricas maderas consignadas al Callao. Al momento los atacó sin darles tiempo a ponerse en facha. Los bajeles españoles debieron afrontar sobre sus anclas el fuego de cañón y fusil que les hacía la fragata a quemarropa. Al cabo de veinte minutos de combate desventajoso, y viendo que tampoco les era dado escapar, cesaron de resistir y se rindieron.

Cochrane hizo un número de prisioneros y tripuló las presas como mejor pudo con su gente y luego de proveerse en los alrededores de agua y leña, regresó al mar con su trío. La Prueba quedaba allá adentro, inalcanzable por ahora; pero el Lord había jurado alcanzarla algún día.

Podía creerse que entonces iba a volver el almirante al Callao, reforzado como estaba con sus dos nuevas unidades. Pero él era un hombre de resoluciones inesperadas, un genio de chispazos originales. Ante la general

sorpresa, ordenó al Lautaro dirigirse a Valparaíso con el Vigonia y el Aguila, y dejó de estación en las aguas ecuatorianas al Pueyrredón y al Galvarino, para espiar una eventual salida a la mar de la Prueba. De esta manera él vino a quedarse sólo con la O'Higgins, para lanzarse en ella a la aventura más descomunal presenciada en el Mar de Sur: el asalto a los castillos de Valdivia.

Expedición al sur de Chile

Valdivia está a tres mil cuatrocientas millas al sur de Guayaquil, distancia demasiado larga para un velero maltratado, por cuyas maderas empezaba a filtrarse el agua. Esta ciudad era entonces el depósito militar general de la parte sur del continente; el punto mejor fortificado y de más difícil acceso en territorio chileno, y el más inexpugnable de toda la costa del Pacífico, después del Callao. El paso de Corral a Valdivia debía hacerse remontando el río bajo los fuegos cruzados de quince fuertes repletos de artillería.

Tomar Valdivia significaba agregar a la República la más valiosa de las provincias poseídas hasta entonces por el español y asestar a éste un aplastante golpe. Y fue ése solo el estímulo que animó a la tripulación a correr con su jefe mar abajo, en alas del viento, en travesía de un mes y tres días.

La fragata entró en la rada de Corral en la medianía de enero de 1820. Llevaba la bandera española izada al tope. Con esto consiguió capturar un bote que fue a recibir al supuesto navío español. Los realistas no sabían que la desarmada María Isabel había sido rearmada y reflotada. Lord Cochrane recabó información de los marinos capturados acerca de las defensas, especialmente el sistema de fuertes, y se retiró. Al salir de la bahía, capturó al bergantín Potrillo que llegaba de Chiloé con un socorro de 20 mil pesos y otros artículos. Tras el apresamiento, el almirante partió rumbo a Talcahuano donde informaría al General O'Higgins sobre sus planes y solicitaría 350 soldados para emprender lo que parecía una arriesgada aventura. El Gobernador de Concepción de aquel entonces, general Ramón Freire, le facilitó las tropas solicitadas, más el bergantín Intrépido y la goleta Moctezuma.

Una vez que el escuadrón zarpó con rumbo a Valdivia,

la nave almirante naufragó frente a la isla Mocha. El agua inundó los almacenes de pólvora quedando los soldados, dispuestos para tomar la plaza realista, solo con las balas que guardaban en sus cartucheras. Cochrane, sin desanimarse, hizo trasladar la comandancia y el contingente militar a la goleta Moctezuma.

De vuelta en el puerto de Valdivia, la flotilla volvió a entrar bajo la bandera española. El plan era lograr la captura de algún bote de la guarnición a fin de infiltrar una patrulla en uno de los fuertes. Sin embargo, la tentativa fracasó al ser visto por los españoles uno de los botes de la flotilla chilena, que estaba escondido detrás de los buques a la espera del momento apropiado para lanzar el ataque sorpresa.

Sin vacilar, tomando ventaja de cualquiera sorpresa que quedara, Cochrane ordenó el comienzo del asalto por tierra. Uno a uno los fuertes del sistema de defensa, que no estaban preparados para un ataque por el lado de tierra desde donde las fuerzas de Cochrane atacaron, cayeron en sus manos, a pesar de la superioridad numérica y de posición que las fuerzas realistas gozaban. Cochrane tomó eso sí la precaución de cegar los cañones capturados. Al final del segundo día, el complejo de fuertes, inexpugnable hasta esa fecha, estaba completamente bajo su control.

Tras esta victoria se dirigió a Chiloé, con intenciones de derrotar a los realistas que allí gobernaban aún. Pero a pesar de que sus fuerzas lograron tomar la batería de Chacao y otras de la península de Lacuy, la avanzada de Guillermo Miller fue derrotada al atacar el Castillo San Miguel de Agui, el más importante del sistema

que defendía a San Carlos (Ancud). Ante el fracaso y la poca cantidad de soldados con los que contaba, Cochrane ordenó desistir del intento de tomar la isla.

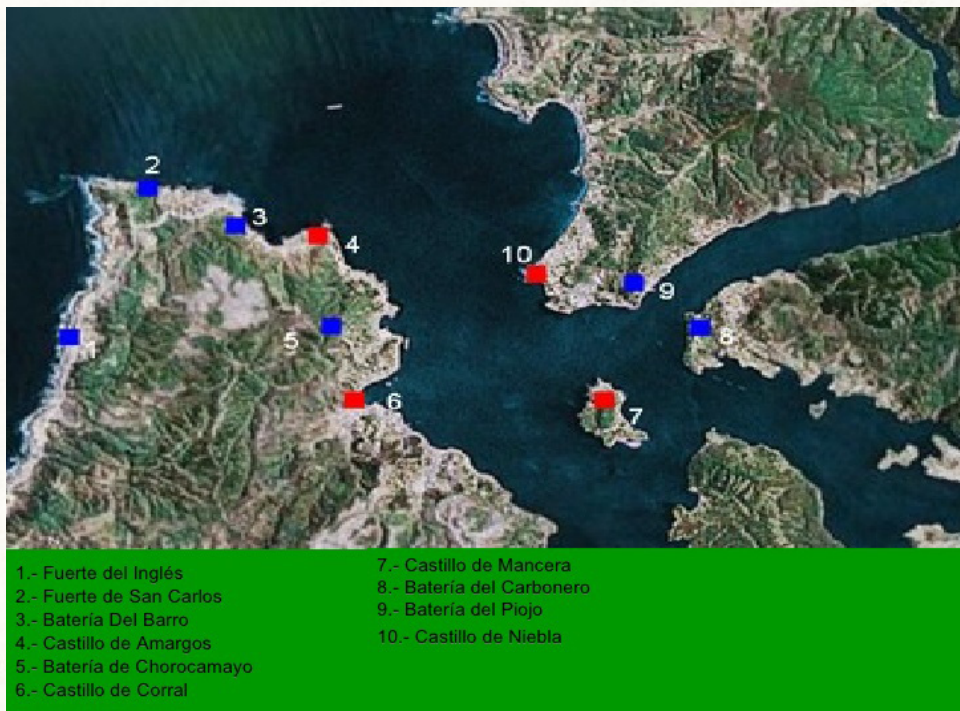
Si bien Cochrane no pudo tomar Chiloé, pudo arrebatarse, como se ha dicho, el sistema de fuertes de Corral y la ciudad de Valdivia a los realistas. Este hecho supuso la pérdida de la principal base de suministros para las tropas realistas que defendían la causa del rey en el sur

de Chile. Además, uno de los subordinados de Cochrane, el mayor Jorge Beauchef, lograría extender y consolidar en tierra la presencia chilena en el sur logrando derrotar a las numéricamente superiores fuerzas realistas que intentaban recuperar las ciudades de Valdivia y Osorno. En el combate del Toro los realistas

perdieron definitivamente toda oportunidad de recuperar la región. Desde entonces, el territorio dominado por los independientes de Chile se extendía hasta la ribera norte del Río Maullín. Estas acciones de Cochrane, que lograron afianzar la independencia, fueron fundamentales para hacer posible la concreción de un empréstito inglés de un millón de libras.

La hazaña, como Lord Cochrane quería, repercutió a lo largo y ancho de América; el nombre de su realizador fue aclamado con delirio popular, Santiago se iluminó la noche de la noticia, y una poblada llegó ante el domicilio de la esposa del almirante para manifestarle su regocijo.

Lord Thomas saltó a tierra con ánimo de descansar, pues había estado embarcado cinco largos meses.



Volvía aureolado de un prestigio y popularidad inmensos. El pueblo lo seguía y lo rodeaba donde quiera que fuese, mientras que la sociedad no terminaba de festejarlo en sus salones. El Gobierno de la Nación tampoco hallaba cómo expresarle su gratitud. Cochrane había terminado la liberación del país y afianzado la independencia.

Sin embargo, el genio de Cochrane, propenso al disgusto, no tardó en ensombrecerse. No hubo para él y su gente ninguna compensación material por las campañas ya realizadas. Además, el Ministerio de Marina no hacía amago de pagar a la escuadra sus sueldos atrasados, lo que al final terminó en que las tripulaciones se amotinaron y el almirante previno a las autoridades que iba a ocurrir lo peor...y entonces hubo fondos y los pagos se pusieron en orden.

Luego pasaron otras incidencias. Había en la escuadra un capitán Guise, con el que Cochrane nunca pudo entenderse, y a quién arrestó por indisciplina, determinando que fuera procesado, a lo que se opuso el ministro Zenteno. El Lord presentó su renuncia al Director, y detrás vino la dimisión de todos los oficiales. Ambas partes cedieron al fin, retirando Zenteno su oposición y perdonando Cochrane al arrestado.

Había otro capitán, de nombre Spry, que tampoco era grato a Su Señoría, y que Zenteno deseaba fuera desig-

nado capitán de bandera del buque insignia. Ello tuvo como consecuencia una nueva renuncia del almirante, quien dijo que no aceptaba imposiciones. El ministro otra vez tuvo que ceder, dejando al lord escoger un oficial de su agrado.

A pesar de tan eminentes servicios, el almirante estuvo en la proximidad de ser exonerado. El autor del cambullón fue el señor ministro, cuya mutua antipatía con el Lord estaba declarada. Zenteno no había podido perdonarle la expulsión violenta de Alvarez Jonte, ni el crucero sobre Valdivia y Chiloé sin órdenes suyas, ni la firmeza con que acababa de desbaratar sus intromisiones. Consiguió que O'Higgins firmara un documento secreto dirigido a San Martín, y del cual sólo estos tres últimos personajes tuvieron noticia. Se autorizaba en él al general para destituir al almirante a la primera manifestación de desobediencia en que incurriera durante la campaña, separándolo del mando en consejo de guerra. Su Señoría nunca supo que había estado pisando sobre un barril de pólvora.

Las dos expediciones al Perú efectuadas por la escuadra al mando de Cochrane eran insuficientes para lograr la derrota definitiva del poder militar del virreinato del Perú. Se tenía el dominio del mar, pero era difícil ejercerlo sin contar con una posición estable en tierra.

(Continuará...)

¿Sabía Ud. qué...?

En el año 1813 se llevó a efecto la **Batalla de San Carlos**, entre el 14 y 16 de mayo. Lucharon, por un lado, las tropas patriotas comandadas por el General José Miguel Carrera y, por el otro, las realistas dirigidas por Juan Francisco Sánchez, bajo el mando del brigadier Antonio Pareja.

Marchó el ejército patriota a Longaví, amaneciendo el 14 en San Carlos. José Miguel, hábil militar, intima a Pareja a su rendición. Se niega.

En otro frente, el coronel Luis Carrera, con su primera división encerraría y detendría la retirada de los realistas, con la ayuda de la segunda división a cargo del comandante Juan José Carrera.

La batalla fue extenuante para ambos bandos. Cuando cesaron el fuego, el ejército patriota ingresó al poblado de San Carlos para ordenar sus filas, armamentos y cuidar a los heridos. En cuanto a los realistas, esa noche, Pareja y los suyos habían cruzado el Río Ñuble, abandonando cañones y pertrechos de guerra, rumbo a Chillán.

CARRERA Y LOS CORSARIOS DEL RÍO DE LA PLATA

Ana María Ried-Carrera

Presidenta Honoraria del Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera

Esta faceta de la vida de Carrera que transcurrió en Buenos Aires es ignorada por los historiadores argentinos quienes consideran a la expedición de Brown como su primera escuela nacional, y no se nombra en ninguna parte el gran aporte chileno. En la historia marítima de nuestro país tampoco se reconoce esta gran iniciativa del Prócer.

Después del Desastre de Rancagua, Chile quedó en poder de los españoles, y los integrantes del ejército patriota y sus familias debieron emigrar hacia Argentina.

Entre ellos iba José Miguel con su esposa Mercedes, Juan José con su frágil Ana María, el joven Luis y siguiendo a sus hermanos también fue Javiera temiendo la venganza de sus enemigos. Atravesó la cordillera con su hijo menor, Pedrito. Su marido español, Pedro Díaz de Valdés permaneció en Santiago con el resto de sus hijos y también el anciano don Ignacio de la Carrera.

En Mendoza, el gobernador San Martín, desconoció el rango de José Miguel, y envió a toda la familia presa hacia Buenos Aires.

Allí fueron muy bien recibidos gracias a las gestiones del cónsul Joel Roberts Poinsett, quien se había desempeñado en Buenos Aires como agente diplomático de Estados Unidos.

Toda la familia se alojó en la posada de Madama Clara, esposa del comerciante y marino norteamericano Henry Taylor. Este era un punto de reunión de extranjeros residentes y de corsarios. Entre estos se encontraban Marcena Monson, los británicos Carlos Hampford y los hermanos Orr, uno de los cuales posteriormente le facilitó a Carrera el dinero para su viaje a Estados Unidos a cambio de las joyas de Mercedes.

Los corsarios eran marinos que, bajo el patrocinio de

un gobierno, asaltaban barcos y puertos enemigos, dividiendo las ganancias entre sus tripulaciones y el estado contratante que les otorgaba la patente de corso.

Durante la guerra de la independencia de Estados Unidos contra Inglaterra, cientos de buques norteamericanos, la mayoría de ellos financiados por comerciantes de Filadelfia y Baltimore, habían sido comisionados como corsarios, pero al firmarse la paz entre estas dos naciones quedaron sin trabajo, por lo que muchos de ellos lo buscaron en América del Sur.

Uno de ellos fue David Jewett gran amigo de Carrera, y admirador de su hermana Javiera, en cuyo honor bautizó a su buque insignia como “Heroína”. Con éste tomó posesión de las Islas Malvinas en 1820.

Pero el más famoso en el Río de La Plata fue el británico Guillermo Brown, quien impulsado inicialmente por el presbítero chileno Julián Uribe, miembro del gobierno de Carrera, formó una expedición de cuatro barcos. Uribe compró la goleta Constitución y la puso a disposición de Brown, quien firmó un convenio con el gobernador de Buenos Aires, don Ignacio Álvarez Thomas para que operase contra los españoles en el Pacífico y liberase a los patriotas chilenos presos en Juan Fernández.

Los otros barcos eran la corbeta Hércules, buque insignia de Guillermo Brown, con 20 cañones, el bergantín Trinidad, con 16 cañones al mando de Miguel Brown, el bergantín Halcón cuyo propietario era el Francés Hipólito Bouchard.

Todos los tripulantes de “La Constitución” eran chilenos, entre los cuales iba el joven cuñado de Carrera Juan José Fontecilla.

En los barcos iban franceses, norteamericanos e ingle-

ses y otros destacados chilenos como los capitanes Ramón Freire y Nicolás García.

Al doblar el Cabo de Hornos, la flota enfrentó una fuerte tormenta que duró 14 días, dispersándola, y allí se vio por última vez a la Constitución de Uribe alejándose hacia la Antártica en medio de la niebla. Las otras naves continuaron su navegación hacia el Pacífico y lograron reunirse en la Isla Mocha para reparar sus buques y embarcar víveres. La Hércules, donde iban los capitanes chilenos, se dirigió hacia Juan Fernández para rescatar a los patriotas, más un fuerte viento los empujó hacia El Callao, al que atacaron y abordaron numerosos barcos de bandera española con los cuales aumentaron su flota. Se dirigieron a Guayaquil produciendo muchos daños, pero al fin estos corsarios fueron derrotados.

Don José Miguel decidió entonces viajar a Estados Unidos para obtener el material de guerra necesario

para equipar una operación marítima en gran escala. Se lo expresa así a Poinsett en una carta:

Los chilenos está de acuerdo con Brown, que salió para el Pacífico con cuatro buques bien armados, le di ocultamente veinte oficiales chilenos para hacerse respetar. Tomará la Isla de Juan Fernández para dar libertad a los presos y seguirá a procurar la total destrucción de la marina limeña.

Esta gran hazaña de constituir en parte una flota carrerina había sido elaborada por Carrera para poyar la operación militar de San Martín, en que uno de sus puntos era organizar una expedición marítima contra los españoles en Chile.

Fuentes:

- **Estudios Históricos Biográficos sobre la Independencia de Chile, de José Toribio Medina y Guillermo Feliú Cruz. Tomo IV, 1965.**
- **El General Carrera en el Exilio. Eulogio Rojas Mery. 1955.**



EL DESTINO DE LA CLIFTON Y LA SAVAGE

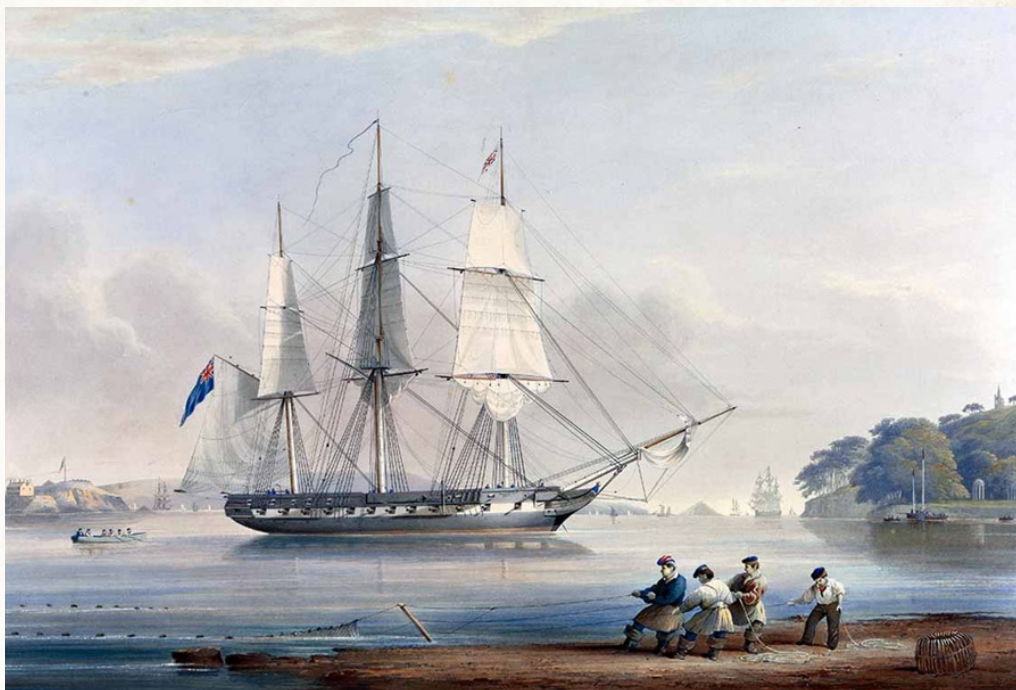
Ana María Ried-Carrera

Presidenta Honoraria del Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera

Con la idea de formar una flota para la liberación de Chile de la hegemonía española, don José Miguel Carrera logró embarcarse hacia Estados Unidos en noviembre de 1916 con la esperanza de conseguirla allí, amparado por su amistad con el Cónsul Poinsett y del comodoro Porter.

Después de casi un año de entrevistarse con importantes políticos como el Presidente Madison, el rey exiliado José Bonaparte, quien le ayudó en su empresa, y grandes empresarios y financistas, logró concretar su anhelo.

El 31 de octubre de 1816 firmó dos contratos con la compañía naviera Darcy y Didier. En el primero se estipulaba enviar la fragata Savage a Chile con



3.000 fusiles y bayonetas, 35.000 libras de pólvora de fusil, 15.000 para cañón, 3.000 cartuchos, 200 sables, 200 pistolas, 2.000 lingotes de plomo y 100 sillas de montar. En el segundo contrato se convenía la entrega de la corbeta Clifton de 490 toneladas y muy bien armada. En ella venía la oficialidad y los artesanos, y el mismo Carrera. Luego se le agregaron los buques Davey, General Scott y Regent, los cuales no arribaron a Buenos Aires.

El contrato estipulaba que estas naves venían a las órdenes de Carrera y con el pabellón chileno, y por esto se la considera la primera escuadra de Chile. La flota fue financiada gracias a la generosa ayuda del norteamericano John Skinner, quien proporcionó 2.000 pesos a Carrera, quien le extendió un recibo por 4.000 en agradecimiento por su préstamo, y que serían cobrados al gobierno de Chile.

La Clifton llegó a Buenos Aires el 5 de febrero de 1817, donde fue incautada por el gobernador Pueyrredón, quien apresó a Carrera, dispersándose sus oficiales. Todas las armas fueron enviadas hacia Mendoza; esta nave fue rebautizada con el nombre de Chacabuco y formó parte de la escuadra libertadora del Perú comandada por San Martín y Lord Cochrane.

El capitán de la Savage, Henry Hill, al saber de la

prisión de Carrera optó por seguir hacia Chile y, al llegar a Coquimbo, inició conversaciones con O'Higgins para entregar su cargamento; éste ordenó la detención del barco y el traslado por tierra a Santiago de todo el valioso armamento. Esta nave, comprada por el gobierno chileno, también fue incorporada a la escuadra libertadora del Perú con el nombre de Coquimbo.

Cuando la comisión Worthington fue enviada a cobrar al gobierno la deuda suscrita por José Miguel Carrera para adquirir la flota, O'Higgins dispuso que debía pagarla su padre don Ignacio de la Carrera, quien debió entregar 800 cabezas de ganado de la Hacienda San Miguel para cumplir con la sentencia que se había dictado en su contra.

Queda claro entonces que las armas y barcos que con tanto esfuerzo consiguió Carrera en Estados Unidos, fueron utilizados para formar la escuadra libertadora, sin que el gobierno chileno reconociera el mérito del prócer y, peor aún, haciendo pagar por ella a su familia.

Fuentes:

- **Influencia de los Estados Unidos en el proceso de la Independencia de Chile. Estado Mayor del Ejército Tomo 59. Año 1984.**
- **El General Carrera en el exilio. Eulogio Rojas Mery. 1955.**

EPISTOLARIO

“Quiero mucho que nuestra libertad empiece por donde empezó nuestra esclavitud.

Te olvidas que mis miras son marítimas, y nada me dices del estado del Pacífico”.

Carta de José Miguel Carrera a su hermano Luis desde Estados Unidos, 1815.

José Miguel Carrera

ACTIVIDADES DEL INSTITUTO

1° de marzo: Natalicio de Javiera Carrera en El Monte. La celebración organizada por el municipio contó con la asistencia del vicepresidente don Ernesto Soza y los directores señora Marta Saavedra y señores José Miguel Carrasco y Octavio Campusano. En la ocasión, doña Belén Lira donó un costurero que perteneció a doña Javiera Carrera y la familia Soza Ried donó un cuadro de Javiera Carrera de la artista Margarita Dittborn. La Fundación Memoria Patriota donó en gran formato (2 x 1.20 m.), una réplica del óleo de nuestro prócer existente en Club de la Unión al Municipio de El Monte, el que será instalado en un lugar de mucha afluencia en el edificio municipal.

14 de marzo: Con motivo del 71° aniversario del Club de Huasos Gil Letelier, esta institución realizó un saludo protocolar en sus dependencias. Asistió en representación del Instituto el director don Felipe Serrano Solar.

23 marzo: Presentación del musical “Los Indomables” basado en la vida de los Hermanos Carrera en el Aula Magna Fundadores de la Universidad Central. Contó con la interpretación del músico y tenor Daniel Olmos, la soprano Cecilia Frigerio y un destacado elenco. En representación del Instituto asistieron la presidenta honoraria señora Ana María Ried, el vicepresidente Ernesto Soza, la directora Marta Saavedra y los directores Patricio Fuenzalida y Domingo Viviani.



De izquierda a derecha: el Director don Patricio Fuenzalida, la presidenta honoraria señora Ana María Ried, don Jonathan Miranda y el vicepresidente don Ernesto Soza.

18 de abril: 206° Aniversario de la Guarnición de Ejército de la Región Metropolitana. Asistió invitado especialmente el presidente del Instituto don José Miguel Alcalde.



Don José Miguel Alcalde presidente del Instituto José Miguel Carrera, el Comandante General de la Guarnición de Ejército de la Región Metropolitana General de División Cristián Vial y el presidente del Club de Huasos Gil Letelier don Felipe López.

10 de mayo: La socia María Fernanda Soza, Directora de la Fundación Chile Mass se reunió con el expresidente Sebastián Piñera y le hizo entrega del Diario de Carrera en Estados Unidos.

La socia señora María Fernanda Soza y el expresidente Sebastián Piñera.



13 de mayo: Recreación de la Batalla de San Carlos organizado por el municipio de es comuna y Arh San Carlos. Comenzó con un desfile, posteriormente la recreación histórica y la actuación de los cantantes líricos Daniel Olmos y Cecilia Frigerio quienes interpretaron piezas del Musical de los Hermanos Carrera. Asistieron en representación de nuestro Instituto la presidenta honoraria señora Ana María Ried, el vicepresidente don Ernesto Soza, el director Húsar Rodrigo Soza y la socia Ana María Soza.

Los directores señora Marta Saavedra y don Octavio Campu- sano donaron a nombre del Instituto un cuadro del Prócer a la Escuela José Miguel Carrera de San Carlos.



18 mayo: Charla virtual sobre “La visión marítima de José Miguel Carrera” por el periodista Francisco Darmendrail y nuestro director Felipe Soto por nuestro canal de Youtube @institutocarrera.

19 de mayo: El presidente don José Miguel Alcalde se reunión con la Alcaldesa de El Monte, señora Zandra Maulén, para planificar Ceremonia Natalicio de nuestro prócer en octubre de este año y otros proyectos de interés para nuestro Instituto.

21 de mayo: Conmemoración del Combate Naval de Iquique y Día de las Glorias Navales en el Monumento a los Héroes de Iquique en Santiago centro. El presidente del Instituto don José Miguel Alcalde y el vicepresidente don Ernesto Soza colocaron la ofrenda institucional durante la ceremonia. Estuvieron acompañados de los directores señores Domingo Viviani y Felipe Soto.

